



28/04/1997 VIAJE OFICIAL A LOS ESTADOS UNIDOS

DISCURSO DEL PRESIDENTE DEL GOBIERNO, JOSÉ MARÍA AZNAR, EN LA UNIVERSIDAD DE COLUMBIA

Nueva York, 28-04-97

Señoras y señores,

En primer lugar, quiero agradecer a la Universidad de Columbia, a su Rector y a la Decana de Asuntos Públicos y Relaciones Internacionales su invitación para comparecer ante ustedes esta noche. Para mí es, sin duda, un honor dirigirme a una de las comunidades académicas más prestigiosas del mundo.

Quiero agradecer, en segundo lugar, y él sabe que lo hago muy sinceramente, las palabras del Embajador Gardner, cuyo talento diplomático y cuya altura académica tanto han contribuido a mejorar las, por otra parte, excelentes relaciones entre Estados Unidos y España. Basta que ésta sea la Universidad del Embajador Gardner para que, desde luego, como él me ha pedido, yo siempre tenga muy presente, a partir de este momento, la Universidad de Columbia.

En tercer lugar, quiero agradecerles a todos ustedes su presencia aquí y, particularmente, a los estudiantes que nos acompañan esta tarde. Desde mis tiempos de estudiante --que no son tan lejanos, como pudiese parecer a primera vista, y espero que no lo parezca demasiado--, sé los esfuerzos que hay que hacer para detraer algún rato al estudio. En todo caso, con el permiso del señor Rector de la Universidad, quiero decirles que, si tiene alguno de los estudiantes que aquí nos acompañan alguna dificultad en sus estudios o en sus futuros exámenes, yo me ofrezco como mediador ante las autoridades académicas, que estoy seguro que lo podrán comprender e, incluso, tal vez, si hay un poco de suerte, aceptar.

Ustedes me van a permitir que en los próximos minutos yo hable de España y de algunas orientaciones españolas de nuestra política exterior, tanto europea como atlántica. Sin duda, estos temas podrían ser objeto de un amplísimo tratado. Pero ése no es mi deseo, sino que quiero limitarme a dar algunas claves que nos ayuden a conocer los contornos de España y de la política española.

Recientemente, uno de los mejores hispanistas norteamericanos, Robert Kagan, formuló una tesis interesante que bautizó con el nombre de "Paradigma Prescott". Prescott --que nunca estuvo en España, por cierto-- vivió en la primera mitad del siglo XIX y se vio influido por unos fuertes prejuicios anticatólicos británicos, que conformaron lo que se dió en llamar, en su momento, la "Leyenda negra española". Consecuentemente, Prescott consideró a España exactamente como la antítesis de los Estados Unidos. En su opinión, España se encontraba en plena decadencia mientras que Estados Unidos vivía en un auge excepcional.

Pese a todo, la imagen resultante de España era, en cierto modo, hasta se podría decir, un poco atractiva, un poco romántica, dentro de una tradición oriental, de un brillante pasado literario y caballeresco de aventuras, de emociones y de descubrimientos.

Episodios todos, en su caso, acaecidos en un contexto de decadencia, que era resultado de dos causas fundamentales: el absolutismo político y la intolerancia religiosa.

Lo verdaderamente significativo del "Paradigma Prescott", atenuado posteriormente en autores como Washington Irving y Henry Longfellow, es su influencia decisiva en la obra de los hispanistas hasta fechas muy recientes. El conflicto de 1898 -- que lo vamos a recordar el año próximo, y de vez en cuando hay que recordarlo, porque hay gente que no sabe que en 1898 tuvimos un conflicto entre España y los Estados Unidos-- se interpretó, justamente, en esta clave; percepción que ni los posteriores avances de la historiografía han sabido corregir.

Pese a reconocerse el esplendor de la literatura española, del arte español, de la importancia del Imperio español durante tres siglos, nuestra nación era percibida por los historiadores norteamericanos en torno a una fuerte tendencia de resistencia a la modernización y un fuerte reflejo de lo que podía ser un retraso histórico.

Por fortuna, a finales de los años 60, la investigación minuciosa de los archivos, la aplicación de métodos prestados por otras ciencias sociales al estudio de la Historia, desautorizó el llamado "Paradigma Prescott". Así, se empezó a interpretar de otra forma muy distinta el declive de los Habsburgo; se tuvo en cuenta, de una manera más cabal, la situación europea del siglo XVII y se prestó más atención a los tres siglos de presencia española en América que a las circunstancias que llevaron a la pérdida de nuestro Imperio.

Cualquier historiador imparcial, creo yo, que mire hoy el pasado y el presente de España rechazará, sin duda, las exageraciones de esta visión que acabo de recordar. Sin duda, el ser histórico de España le debe mucho a los ocho siglos de Reconquista y al Descubrimiento de América, que hicieron posible la formación de un grandísimo, enorme, Imperio, impulsado por el universalismo católico de raíces medievales.

Es cierto, igualmente, que, con posterioridad, nuestra Ilustración, modernidad e industrialización tuvieron sus peculiaridades cronológicas y hasta sustantivas. La neutralidad española en las dos Guerras Mundiales de nuestro siglo, la tragedia de la Guerra Civil, la posterior dictadura, refuerzan la tesis de una cierta singularidad o excepcionalidad española.

Sin embargo, yo estoy muy convencido de que, tanto en el pasado como, por supuesto, en el presente, son muchas más las cosas que nos unen al resto de los países occidentales que las que nos separan. No sólo eso; España es el origen de una cultura bien definida, de alcance nacional, europeo y universal, a la vez.

Nuestras Artes y Letras forman parte del tesoro común de España y de América. El pensamiento español, en sus más variadas formas, ha coincidido en exaltar al individuo como protagonista de la historia y a defender la dignidad y la libertad frente a cualquier tipo de opresión.

Nuestro presente avala, en todo caso, la riqueza de un pasado fructífero, al que no debemos negar, como a todos los pasados, ni sus luces ni sus sombras; pero al que, en todo caso, hemos de enmarcar con orgullo en el centro de nuestra tradición occidental. Baste recordar, señoras y señores, que, dos siglos antes de que Rousseau escribiera sobre los derechos humanos, los jesuitas españoles los tenían muy presentes en su quehacer académico en la Universidad de Salamanca.

Ahora, la transición a la democracia que comenzamos hace veinte años y la instauración de nuestra Monarquía parlamentaria permitieron la entrada de España en las instituciones europeas y reforzaron su clara vocación atlántica. Este último proceso culminará, espero que felizmente, en los próximos meses. La integración europea ha favorecido la internacionalización de nuestra economía y el progreso de toda la sociedad española. Una década después de haber entrado en la Comunidad Europea, España está

firmemente establecida como un miembro de peso en el seno de la misma, el quinto Estado miembro por su importancia económica y política, y está también establecida como un socio militar activo y fiable en misiones de paz y en ayuda humanitaria en distintos lugares del mundo.

Pues bien, aquel viejo modo de ver nuestra historia, por muy falso que fuera, ha teñido la relación entre los ciudadanos de Estados Unidos y de España. De hecho, la verdadera realidad de nuestros países no es suficientemente conocida por sus ciudadanos y, cuando se conoce esa realidad, no siempre se dejan a un lado los prejuicios históricos.

La imagen de España en Estados Unidos no ha llegado a adquirir todos los perfiles atractivos y reales que tiene para muchos norteamericanos. La imagen de Estados Unidos en España no es todo lo buena que debería ser. Sin duda, mi Gobierno está decidido a trabajar para mejorar el mutuo conocimiento y me consta que ese mismo propósito mueve a la actual Administración norteamericana. Espero tener también en ese propósito, a partir del mes de julio --ya que no se quiere quedar con nosotros en Madrid--, al Embajador Gardner trabajando por esos objetivos desde la Universidad de Columbia.

La mejor comprensión entre los dos países se hace especialmente necesaria si tenemos en cuenta el momento histórico de cambio en el que vivimos; situación, sin duda, que invita a reforzar las alianzas entre Estados que comparten los mismos valores, que comparten una misma visión semejante de la dignidad de la persona y del valor de sus libertades.

Yo sé que es casi ya un tópico, y no voy a insistir en ello, referirse a la revolución de las comunicaciones, a la globalización de la economía, a la mundialización, a la nueva geopolítica, una vez finalizada la "guerra fría" y una vez caído el muro de Berlín. Pero, sin duda, quiero referirme a un mundo que ofrece oportunidades de libertad y de prosperidad desconocidas hasta ahora.

Sobre esas oportunidades y esas libertades se ciernen también amenazas: amenazas de flujos migratorios descontrolados, de nacionalismos exacerbados, de fundamentalismos, de pobreza, de amenazas de droga, o de violencia, o de hambre, en grandes zonas del mundo. Realidades, sin duda, que transforman y a veces azotan nuestras vidas y hacen que los Gobiernos, nuestros Gobiernos, se movilicen y actúen en favor de las personas que sufren.

En esa tarea España está dispuesta a aportar lo mejor de sí misma, y creo que nos encontramos especialmente capacitados para hacerlo.

Un planteamiento global sigue presidiendo la proyección exterior de España como gran nación europea y como sede de una cultura plural y, a la vez, universal. En este sentido es en el que España impulsa los cuatro grandes proyectos que transformarán el continente europeo en los próximos años, con el fin de que Europa siga siendo un factor de estabilidad, de libertad y de prosperidad en el mundo. Me refiero al Tratado de la Unión Europea, a la puesta en marcha de la moneda única europea, a la ampliación de la Unión Europea, y a la renovación y a la ampliación de la Alianza Atlántica.

A lo largo de las casi cinco décadas que ya llevamos de integración europea, se ha dicho que estábamos siempre o en una encrucijada o que teníamos el viento permanentemente soplando de cara. Pues bien, el número y la importancia de los problemas acumulados, de los retos que tenemos que resolver, hacen que sean, probablemente, más verdad que nunca estas expresiones. La apuesta que en estos momentos hace Europa requiere grandes esfuerzos y, sin duda, va a configurar y a definir el rumbo del Viejo Continente para las próximas décadas.

Yo espero que de la Conferencia en curso que negocia la reforma del Tratado de la Unión Europea salga una reforma institucional que permita la ampliación y refuerce la

legitimidad de la Unión Europea. Esto se debe lograr fortaleciendo, en la toma de decisiones, el peso de los Estados más poblados de la Unión.

Igualmente, quiero decirles que he puesto muchas esperanzas y he hecho grandes esfuerzos para que el nuevo Tratado permita que el espacio de libertad que ya ofrece la Unión Europea pueda ser también un espacio de seguridad, dotado de medios eficaces para luchar contra el terrorismo y contra el crimen organizado. Y espero que también se desarrolle, en el seno de la Unión Europea, un espacio judicial común en el que los jueces cooperen entre sí, como lo hacen en sus respectivos países.

Sobre la moneda única, prevista para el 1 de enero de 1999, les adelanto que España participará en ella desde el primer momento y que su impacto sobre la economía y sobre la sociedad europea será más importante y trascendente de lo que se piensa. No sólo van a disminuir los costes de transacción y el nivel de riesgo de las inversiones en el seno de la Unión Europea, sino que, además, servirá para instaurar un nuevo modelo económico y presupuestario de baja inflación, bajos tipos de interés, mayores inversiones, más empleo, que ya empieza a tener algún reflejo en España, como comentaba el Embajador Gardner.

Sin duda, es muy importante saber que el efecto psicológico del Euro sobre los ciudadanos europeos será enorme, ya que la existencia, entre otras cosas, de una sola moneda hará mucho más visibles todas las posibilidades que encierra el mercado interior de Europa.

La ampliación de la Unión, cuya negociación comenzará en menos de un año, es el tercero de los grandes retos a los que se enfrenta la Europa de hoy.

Europa tiene el deber moral e histórico de integrar en la Unión a las nuevas democracias de Europa Oriental, anteriormente sometidas a la tiranía comunista. Tal ampliación añadirá, al menos, sesenta millones de habitantes a una Unión que ya alcanza los trescientos cincuenta, y esto nos debe hacer reflexionar sobre la capacidad de las instituciones europeas para representar a los ciudadanos y la necesidad de acercarlos a los centros de poder en el seno de la Unión.

Asimismo, la cultura política de la Unión se transformará con la ampliación, por lo que habrá que buscar nuevos equilibrios institucionales, equilibrios financieros, para no perjudicar ni a los Estados nuevos ni a los Estados que ahora forman la Unión.

La ampliación de la Unión ofrece, en cualquier caso, la posibilidad de devolver vigencia a algunas de sus ideas fundamentales: la paz y la prosperidad. El éxito de la integración actual ha restado fuerza movilizadora a estos dos nobles empeños; pero, con la entrada de los países del Este, la búsqueda de paz y prosperidad recobra toda su fuerza, como si volviese a despertar el "deber ser" de la aventura europea en esta segunda mitad del siglo XX.

Los tres grandes empeños europeos mencionados hasta ahora (la reforma de los Tratados, la moneda única, la ampliación de la Unión Europea) son también, señoras y señores, quehaceres atlánticos. Estados Unidos, nuestro aliado principal, no puede ni debe quedar ajeno a nada de lo que ocurra en el Viejo Continente. Mi deseo es que los vínculos trasatlánticos, asentados en una comunidad real de valores, se refuercen, a la vez que se amplía y se fortalece la Unión Europea.

No quisiera yo tener que elegir entre estos dos proyectos porque, sinceramente, creo que los dos se apoyan y se complementan mutuamente. Es más, España está empeñada en seguir, por ejemplo, liderando la política de la Unión Europea hacia Iberoamérica y en desarrollar con más intensidad la política europea hacia Estados Unidos, como ya se hizo en su momento, al firmar la Agenda Trasatlántica y el Plan de Acción hace unos años.

En lo que se refiere al cuarto quehacer, la adaptación interna y externa de la Alianza Atlántica, lo considero, sin duda, una empresa que afectará de lleno al futuro de nuestra seguridad y, por supuesto, al futuro también de la propia identidad atlántica. La reforma de la estructura de mandos de la Alianza Atlántica, donde España desea integrarse plenamente; el desarrollo en el seno de la Alianza de una Identidad Europea de Seguridad y Defensa, y la ampliación al Este pondrán en pie una nueva organización de seguridad occidental, necesariamente adecuada a los nuevos tiempos y realidades geopolíticas, que espero podamos aprobar con éxito en la Cumbre de Madrid, que celebraremos los próximos días 8 y 9 de julio.

La ampliación de la Alianza debe ser la consecuencia de la libre y soberana decisión de las naciones afectadas. Esto no obsta, en absoluto, para que simultáneamente se establezca una relación fluida y estrecha, impensable hasta hace unos años, entre la Alianza y Rusia y para que, además, se refuerce la Asociación para la Paz en la que participan otros países.

España apoya la ampliación de la Alianza, siempre, tal vez, que se resuelva satisfactoriamente su adaptación interna. Creemos que todos los países del Este que puedan asumir las obligaciones del Tratado de Washington y quieran pertenecer a la Alianza deberán ser acogidos en ésta o en próximas ampliaciones. La legitimidad de la Alianza descansa, precisamente, en su papel de vehículo para lograr la identidad occidental, de la cual participan más países de aquellos que han tenido la fortuna de pertenecer desde un primer momento a las instituciones europeas y atlánticas.

España comprende de una manera especial a los países del Este, algunos en plena transición a la democracia y que buscan su homologación europea; no sólo por su historia, donde está clara, sino a través de su entrada en los foros de cooperación, de integración y de defensa.

Permítanme concluir con la siguiente reflexión: seríamos ingenuos, y más en un ámbito académico como éste, si, al repasar los grandes asuntos del debate atlántico y europeo, no percibiéramos que la mayor de las transformaciones en curso se está produciendo en nuestro interior, en el interior del ser humano.

Asistimos, en estas décadas, a un tránsito intelectual que va más allá de lo que se ha dado en llamar la "modernidad". En mi opinión, este cambio debe suponer una búsqueda de sentido y de verdad, que deje atrás las ideas agotadas de progreso ilimitado y mecánico, y los falsos fundamentos teóricos de los antiguos mesianismos colectivistas. A la vez, nuevas formas de pensamiento deben reforzar la ilusión cotidiana de la democracia, que nos anima a establecer modos de convivencia más perfectos y que serán, seguro, nuestro mejor legado a las generaciones futuras. La colaboración de los países occidentales serviría para afrontar las necesidades de un nuevo orden mundial, ayudando a encontrar nuevos modos de hacer que incorporen, a las ideas innovadoras que necesitamos, algunos de nuestros viejos valores.

Éstos son los problemas y los retos que tenemos que afrontar dentro de muy pocos meses, y que deben constituir parte de la arquitectura política, económica y seguridad de la vieja Europa para las próximas décadas y de la relación trasatlántica para los Estados Unidos. En esto, España no solamente está lista a participar sino que está ya participando. Ésa es una prueba real de que, si en muchas ocasiones o en otras ocasiones tuvimos dificultades para llegar a tiempo a nuestra cita con la Historia, en este caso no va a ser así.

España va a cerrar el siglo XX con seguridad, en forma y haciendo gala de una responsabilidad grande en la solidaridad de los españoles para afrontar todas sus responsabilidades internas y externas.

España, en esta cita de la Historia, va a llegar a tiempo. Yo nunca he creído mucho en esa excepcionalidad o singularidad española pero, en este caso, tengo la absoluta certeza, la convicción, de que España, en este momento, en este punto de la Historia, estará donde en otras ocasiones tuvo que estar y no pudo. Esta vez no vamos a fallar porque nos hemos preparado para eso.

Muchas gracias.